

# POESÍA EN EL ESPEJO

PABLO INGBERG

**H**ipótesis sin pretensiones probatorias: un poema que habla de la poesía apela ante todo a lectores poetas.

Por un lado, parece no abundar el público lector de poesía actual que no escriba a su vez poesía; por otro lado, no escasean los poemas actuales que hablan de poesía (de las palabras o el lenguaje en relación con el poema, de la escritura o la escena del poema, de posibilidades o imposibilidades de la poesía, etc.): no postulo que una cosa sea causa o consecuencia de la otra, sólo que entre ambas debe de haber algunos puntos de contacto, debe de existir alguna relación, vinculable a todas luces, o algunas luces por lo menos, con la endogamia.

Soy reacio a creer en pasados que no vi y receloso o cauto ante las generalizaciones. En lo que aquí concierne, no daría por seguro que en algún tiempo y lugar la poesía haya tenido un público lector (u oyente, en especial cuando escaseaba la alfabetización) copiosísimo. Creo más bien que ejemplos como los de Virgilio

ovacionado en un teatro o Mayakovski recitando a estadio lleno son casos excepcionales (de poetas excepcionales, además), no la regla, ni de sus épocas ni de todos los tiempos, y que aún hoy puede encontrarse uno que otro caso aislado afín, no sé si en la calidad poética, pero sí al menos en las cantidades (presenciales o virtuales) convocadas, que es aquí la cuestión en cuestión.

Seguramente un cambio relevante de los últimos dos siglos (por sugerir un vago lapso tentativo) ha sido el progresivo aumento de la alfabetización, que vino a ampliar las bases lectoras, y potencialmente escritoras, para la ya por entonces cuatricentenaria imprenta, que había implicado el paso de la lenta y costosa copia a mano individual a las rápidas tiradas de múltiples ejemplares a valores muchísimo más accesibles, y, más recientemente, el surgimiento y proliferación de las escuelas de escritura (desde el taller privado hasta la carrera universitaria), de la digitalidad y de las redes sociales, que han ido horizontalizando el acceso a las capacidades técnicas y a los medios de circulación y difusión de la poesía (entre otras especies literarias). De modo que tal vez haya mucha más oferta para la misma

demanda (siempre en términos relativos, porque la población se ha multiplicado como los panes y los peces).

Lo que habría cambiado entonces es la cantidad proporcional (en porcentual de población) de poetas o personas que escriben poemas y los publican en libros, redes, sitios, etc. De donde la cantidad proporcional de público lector tal vez no haya caído, sino que aumentó la de poetas, hasta casi coincidir con la de público lector. Vaya a saber cuánto hay de cierto en todo esto, pero algo de eso habrá (como de los fantasmas, que no existen pero...). Y ese algo echa un poco de luz sobre la hipótesis planteada al principio: si la cantidad de poetas se acerca a la cantidad de lectores, no deja de ser natural que el público lector implícito de quien escribe poemas esté constituido en buena parte por poetas.

Sea que el arte imita a (es mimesis, representación, presentación de) la naturaleza, según reflexionaba Aristóteles, o que la naturaleza imita al arte, según escandalizaba Oscar Wilde, o que quién sabe si alguna de las dos cosas o las dos juntas o ninguna de las dos o una u otra de todas esas posibilidades según los casos, como el instinto le sopla al oído a un descreído receloso

cauto, lo cierto es que suele haber algo del orden de la identificación entre quien lee y la materia de lo que está leyendo u oyendo o viendo (en poesía, narrativa, teatro, cine, etc.). Una especie de relación especular. Ahora bien, cuando alguien (bajo el aspecto de poeta) se mira al espejo (en su poema), para verse debe estar frente al espejo; la persona que (bajo el aspecto de lectora) mire esa escena desde otra posición verá reflejada en el espejo otra cosa; para ver a quien se mira en el espejo, debería ponerse en su lugar, en sus zapatos, identificarse.

Supongo que en buena parte mi actitud re-nuente, descreída de tiempos y lugares generalizadamente mucho más pródigos en públicos poéticos, se relaciona con que siempre consideré, o, mejor dicho, sentí (más sensibilidad que raciocinio) la poesía como un fenómeno primordialmente del plano de la intimidad: la comunión momentánea entre un poema y una persona que lo lee o escucha (incluso si lo escucha junto con otras personas).

De allí tal vez que, cuando en 2005 me invitaron a un “Coloquio de poética y poesía” en Tucumán, donde había que leer poemas y un texto donde se diera cuenta de la propia poética,

este último rubro me resultó un tanto pretencioso y salí del paso escribiendo para leer en la ocasión un poema titulado, no “Arte poética”, sino, como para bajarle un poco el precio, “Arte patética”, que acababa (verbo muy a propósito) con este terceto:

La poesía a su modo hace el amor  
cuando habla de sí misma se masturba  
palabras que se aplican a estos versos

Por si hiciera falta aclararlo, lejos de mí menospreciar la masturbación: sólo me propuse poner sobre la mesa de disección la diferencia entre hacer el amor con otra u otras personas y hacer el amor propio. Todos felices. O infelices. Cada cual sabrá.

Hay también en esto una cuestión de gusto poético (¿sensibilidad?) antes que racional (“antes” en sentido temporal: razonamientos como lo que pueda haber de tal en estas líneas llegan, si llegan, *a posteriori*): salvo excepciones de muy alto vuelo que de vez en cuando pasan por encima de mis prevenciones instintivas o viscerales, cada vez que en un poema se menta a la poesía, en pequeña o gran escala, el poema se me cae de las manos (según una expresión de

Néstor Sánchez). Quizá termine pareciéndome que no está mal, pero el poema especular ya por definición me vale menos. Como diría Vicente Huidobro:

No cantéis la poesía, oh poetas,  
hacedla poetizar en el poema.

